

OTROS TEXTOS

- **La inclusión Socioeducativa como responsabilidad institucional**
- **Conceptos y políticas de inclusión socioeducativa. Un estado de la cuestión**
- **Dificultades de lectura y escritura en la secundaria**

Los conceptos, datos y reflexiones aportadas por reconocidos especialistas en las conferencias reunidas en este volumen permiten trazar una imagen general de las desigualdades sociales en las esferas económicas, sociales, educativas, de género, étnicas, en la Argentina, a lo largo de las primeras décadas del siglo 21.



CONICET
INVELEC

www.invelec-conicet.gob.ar

N° 1 Panorámicas de la desigualdad en la Argentina del siglo 21

PROYECTO UE - Estrategias para la inclusión socioeducativa

Panorámicas de la desigualdad en la Argentina del siglo 21

CONFERENCIAS

Dora Barrancos - Gabriel Kessler



INVELEC

N°1

Dora Barrancos

Licenciada en Sociología (UBA), realizó una maestría en Educación (Universidad Federal de Minas Gerais, Brasil), doctora en Historia (Universidad de Campinas, Brasil).

Se desempeña como Investigadora Principal del CONICET. También es Profesora Consulta de la Facultad de Ciencias Sociales (UBA) y Directora del Instituto Interdisciplinario de Estudios de Género de Facultad de Filosofía y Letras (UBA). Es autora de "Anarquismo, educación y costumbres en la Argentina de principios de siglo", "Cultura, educación y trabajadores", "La escena iluminada. Ciencias para trabajadores", "Inclusión /Exclusión. Historia con mujeres", "Mujeres en la sociedad argentina. Una historia de cinco siglos", "Mujeres: entre la casa y la plaza".

Gabriel Kessler:

Doctor en Sociología por la École des Hautes Études en Sciences Sociales (EHESS) de París. Es investigador del CONICET y profesor de la Universidad Nacional de General Sarmiento. Es autor y editor de numerosos libros, entre otros, La nueva pobreza en la Argentina (con A. Minujin, Planeta, 1995), Sociología del delito amateur (Paidós, 2004), Neoliberalism and National Imagination (con A. Grimson, Routledge, 2005), La experiencia escolar fragmentada (IPE-Unesco, 2002), El sentimiento de inseguridad (Siglo XXI, 2009), Individuación, precariedad y riesgo (con R. Castel y D. Merklen, Paidós, 2012) y Controversias sobre la desigualdad (FCE, 2014).

CONFERENCIA



Número 1



CONFERENCIA



Número 1

**Panorámicas de la
desigualdad en la
Argentina
del siglo 21**

DORA BARRANCOS - GABRIEL KESSLER

Barrancos, Dora

**Panorámicas de la desigualdad
en la Argentina del siglo 21**

Dora Barrancos ; Gabriel Kessler. - 1a ed. -
Ciudad Autónoma de Buenos Aires : CONICET -
Consejo Nacional de Investigaciones Científicas
y Técnicas , 2019.

64 p. ; 17 x 12 cm.

ISBN 978-950-692-159-0

1. Educación. 2. Inclusión Social. I. Kessler,

Gabriel II. Título

CDD 305.5

Publicado por -----, INVELEC
INSTITUTO DE INVESTIGACIONES
SOBRE EL LENGUAJE Y LA CULTURA

Impreso en,
Fjhyj 2250/52, CABA,
en el mes de.....de 20,....

Queda rigurosamente prohibida, sin la autorización escrita de los
titulares del "Copyright", bajo las sanciones establecidas en las leyes,
la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o
procedimiento, incluidos la reprografía y el tratamiento informático.

Queda hecho el depósito que prevé la ley 11.723
Impreso en la Argentina.

Índice



Presentación

p.9

CONFERENCIA
**"Género, clase y etnia
en la encrucijada del
ajuste".**

DORA BARRANCOS

p.15

CONFERENCIA
**"Desigualdad y
Exclusión".**

GABRIEL KESSLER

p.35

Presentación

Esta colección tiene por objetivo difundir y, sobre todo, poner a disposición de quienes se encuentran comprometida/os en el trabajo educativo, conocimiento valioso para la inclusión socioeducativa, recogido y/o producido en el marco del proyecto “Estrategias para la inclusión socioeducativa”, que el Instituto de Investigaciones sobre el Lenguaje y la Cultura (INVELEC, CONICET/UNT), viene ejecutando desde abril de 2017.

El Proyecto, financiado por el CONICET como Proyecto de Investigación y Desarrollo de Unidades Ejecutoras (Proyecto UE 009), tiene como objetivo general el de contribuir a la formulación y aplicación de estrategias didácticas en el sistema educativo que permitan la ampliación del acceso al ejercicio de los derechos de los sectores sociales vulnerabilizados. No se trata, consecuentemente, sólo del derecho a la educación, sino de todos los derechos que les corresponden a los seres humanos y que apuntan finalmente al derecho más fundamental a alcanzar una vida digna y plena. Somos conscientes de que la inclusión socioeducativa, así entendida, es multidimensional y multivariada. Por ese motivo, en el INVELEC nos hemos concentrado en cuatro ejes dentro de los cuales entendemos que nuestros campos disciplinarios pueden realizar aportes significativos: Construcción de ciudadanía, Alfabetizaciones, Identidad y autoconcepto, Literatura y construcción de subjetividades.

Durante el primer año de ejecución del proyecto, y con vistas a la actualización de miembros del INVELEC y de equipos técnicos del Ministerio de Educación de Tucumán en las problemáticas relevantes, el

proyecto organizó una serie de talleres y conferencias a cargo de reconocidos especialistas en el orden nacional. En el presente volumen, se recogen dos de esas conferencias, las de Gabriel Kessler y Dora Barrancos, a quienes se les solicitó, a partir de sus reconocidas contribuciones académicas, conceptualizaciones adecuadas para comprender la naturaleza y problemáticas de las desigualdades estructurales de la Argentina de hoy. Kessler ofreció un análisis de las transformaciones y retrocesos producidos a lo largo de la década kirchnerista (2003-2013), en diversos aspectos dentro de varias dimensiones (ingreso, trabajo, educación, salud, vivienda, entre otras). Barrancos, desde una posición feminista académica y militante, reflexionó sobre la condición de la mujer, en intersección con variables de clase y étnicas, en el marco de las políticas neoliberales. Los panoramas proporcionados constituyen un marco necesario para reconocer las causas y dinámicas de las exclusiones que las estrategias de inclusión socioeducativa aspiran a contrarrestar.

Dr. Ricardo J. Kaliman
Director científico PUE 009
Estrategias para la inclusión socioeducativa

solidad
humedad
para
~~piso~~
resplandores,

flores

acanalado

PANORÁMICAS DE LA DESIGUALDAD EN LA ARGENTINA DEL SIGLO 21

CONFERENCIAS A CARGO DE
DORA BARRANCOS
GABRIEL KESSLER

Publicaciones del Proyecto UE

El Proyecto "Estrategias para la inclusión socioeducativa" (PUE CONICET 009), que ejecuta el INVELEC (Instituto de Investigaciones sobre el Lenguaje y la Cultura, CONICET/UNT), tiene como objetivo general contribuir a la formulación y puesta a prueba de estrategias didácticas en el sistema educativo que permitan la ampliación del acceso al ejercicio de los derechos de los sectores sociales vulnerabilizados.

Género, clase y etnia en la encrucijada del ajuste*

DORA BARRANCOS



Las feministas, académicas y militantes tenemos mucho que decir en relación con los regímenes de exclusiones que plantea el patriarcado. Las mujeres han sido desechadas, pero la exclusión ha significado de modo paradójico una pérdida de ciertas capacidades para los propios varones. Me refiero al hecho de haber ocluido, por ejemplo, la ternura o el haber impedido la manifestación de las emociones en público. Los varones fueron forzados a no comunicar en público sus estados emocionales, de la misma manera que han sido obligados a ser el sustento material de los hogares. En verdad es un mandato pavoroso; un mandato que significa que cuando se pierde empleo parece insoslayable el menoscabo de la masculinidad. El patriarcado tiene

* La conferencia se dictó el Jueves 3 de agosto de 2017

cierta fecha de nacimiento que no es demasiado lejana- tal vez data de unos treinta mil años, lo que es muy poco si se cuenta el largo camino de la especie. Significó a lo largo de los tiempos prerrogativas diferenciales para la humanidad masculina, reglas de segregación de las mujeres y fragua de estereotipos. Desde luego, en todas las sociedades de todas las épocas, las mujeres han actuado mucho más que las condiciones de posibilidad que le han sido demarcadas, y hasta se puede decir que la envergadura de una crisis social se aprecia cuando las mujeres salen de sus papeles estereotipados y van al ágora, a la calle a pronunciarse. He sostenido a menudo que puede medirse la profundidad de una crisis por la participación insurgente de las mujeres, y no nos faltan ejemplos. Las mujeres han alterado de diferente manera el modo doméstico y han podido así quebrantar la invisibilidad de su estatus, pero en las crisis hay una sobredosis, por así decir, de manifestaciones por parte de las mujeres. Cualquiera sea la circunstancia de la crisis, por lo general significa plantarse frente al poder, frente al Estado – recordemos la gesta de las Madres y Abuelas de Plaza de Mayo - y la referencia literaria y casi exponencial de una crisis de gran profundidad se representa con la figura de Antígona. Hay varias *Antígonas*, pero tengo predilección por la que interpretó Judith Butler en su bello texto “El grito de Antígona”¹, porque se

trata de una insurrección integral. Deseo subrayar que Antígona es esa expresión del cuerpo femenino que enfrenta a los poderes; se revela así la singularidad de la crisis social, el caos que originan las mujeres cuando se deciden a enfrentarla.

El título de esta conferencia obliga a una cierta revisión semántica. Cuando hablamos de encrucijada nos enfrentamos a varios significados: "encuentros", "cruce de caminos", "bifurcación". Pero la otra acepción que tiene en nuestra lengua es la de "acechanza" y las circunstancias que acechan producen desasosiego, incertidumbre. Su signo no puede ser otro que negativo pues acechar implica riesgos, y por eso no es inocente el título: "Género, clase y etnia en la encrucijada del ajuste". Y la palabra ajuste también obedece a una semántica casi unívoca, no necesita ser examinada porque hay una experiencia social sobre qué significa ajuste. Ajuste es restricción, mengua, apocamiento. Podemos ajustar varias cosas; en un sentido literal se puede decir: "esta pieza está ajustada". Pero su captación como experiencia histórica - no tan alejada del ciclo que enfrentamos-, se revela como "políticas de ajuste", "políticas de restricción" que afectan a las mayorías. Me parece que deriva en una posición interesante porque no te-

1 Butler, J. (2001). *El grito de Antígona*. Barcelona: El Roure.

nemos que decir muchas más cosas. “Hacer ajustes” pone en vilo el imaginario de quienes estarán en el ojo de la tormenta. De modo que voy a referirme especialmente a la afectación que hay en la actual encrucijada donde arrecian las políticas de ajuste, respecto de la condición femenina en intersección con otras dos grandes dimensiones: una es la de clase, y la otra es la dimensión étnica.

Repararé someramente las políticas neoliberales de los años noventa. Se pudo observar que los dispositivos de ajuste estructural tuvieron impacto directo sobre las mujeres y se recordará que hubo una clara asociación entre el ajuste y aquellas en una serie de trabajos académicos, y también en la militancia de las feministas que contestaban el modelo. Se aseguró entonces que la pobreza tenía cuerpo de mujer. Algunas colegas discutieron esta premisa. Se preguntaron si eran efectivamente las mujeres las más golpeadas una vez que los sectores populares fueron tan gravemente alcanzados por las políticas de los años noventa. Pero todo nos indica que si la situación se agravó en las poblaciones más pobres de América Latina, empeoró más para las mujeres durante el vendaval del ajuste. Y aunque varios países salieron del atolladero, en América Latina las poblaciones femeninas pobres siguieron siendo más expresivas en términos proporcionales. Se sostiene que de cien varones en situación de pobreza se en-

cuentran 118 o 120 mujeres; es decir, que a pesar de la mejora habida en materia de distribución de recursos en estos años pasados, ha subsistido cierto desequilibrio. Esta tasa seguramente mejoró en la Argentina en la última década, pero más allá de la redistribución lograda, se mantuvo la desigualdad de género ya que es mayor la proporción de mujeres que están en situación de pobreza. Muchos estudios muestran que las mujeres de los sectores populares, en general, están acompañadas – conviven con cónyuges varones cualquiera sea el vínculo-, pero hay una enorme proporción de mujeres que son jefas de hogar aunque no estén solas. En América Latina esta jefatura de hogar corresponde en mayor medida a los segmentos populares, pero en Argentina, de acuerdo al censo de 2010, hubo un crecimiento del número de mujeres jefas de hogar en los sectores medios y esto debe atribuirse a los cambios culturales de las últimas décadas. Normalmente, los/las censistas daban por descontado que el principal proveedor, - y casi único-, era el varón, y por lo tanto se descartaba la jefatura de la mujer. Esto se resolvió durante la preparación del censo para el 2010, en la que fue necesario preguntar y repreguntar acerca de la jefatura - aunque quizá esa capacitación no fue todo lo contundente que se deseaba. Pero vuelvo sobre los noventa, que significaron también una pérdida gravísima del empleo masculino

que originó un aumento de las mujeres en el mercado laboral. En consecuencia se elevó cerca de 10% la población económica activa femenina en nuestro país. Desde los años sesenta, la participación de las mujeres se situó en una proporción que no pasaba del 35%. A raíz de las políticas neoliberales, y con la pérdida de empleos de maridos, de compañeros, y de hijos, las mujeres debieron salir al mercado laboral de manera masiva (algo que difiere notablemente de lo que ocurría en años anteriores). Entonces aumentó la Población Económicamente Activa (PEA) femenina, que como sabemos comprende la población que tiene trabajo y a la desempleada. Pero se constató que ese ingreso masivo representó también un elevado desempleo de las mujeres. Durante los noventa las cifras de desocupación general se aproximaron al 18%, aunque en algunas regiones llegó hasta el 22 %, como ocurrió en el área de Santa Fe, con una grave afectación del Gran Rosario. Algunos pueblos quedaron con un desempleo del 50 % de su población y más, tal como sucedió en San Lorenzo, también en la zona santafesina. Pero fueron las mujeres las más alcanzadas, sobre todo de los sectores populares que llegaron al mercado laboral en condiciones precarizadas, con escasa o nula capacitación. Los contingentes femeninos tuvieron elevada exposición a los trabajos flexibilizados del mercado laboral, pero debe admitirse

que esa experiencia ha sido propia de las mujeres, y pensemos en las condiciones del empleo del servicio doméstico en la tradición histórica de nuestros países. Hace muy poco tiempo que las empleadas domésticas -las empleadas en casas particulares, como dice la nueva ley- se les reconocieron sus derechos. Subrayo entonces que las mujeres ya eran un grupo poblacional que conocía la flexibilidad laboral y ese régimen precario se extendió a todos los trabajadores, de modo relevante en puestos de menor productividad y menor reconocimiento salarial.

La crisis en materia de identidad que padecieron los varones desocupados ocasionó, de modo incontes- table, un aumento de la violencia doméstica. No es necesario recurrir a la gran teoría para saber que las crisis aquejan directamente los hogares; y que las crisis en torno a la identidad, el déficit de valoración subjetiva, suelen originar ejercicios violentos contra los más débiles. También las clases medias en los años noventa fueron sacudidas aunque la evanescente posibilidad de que el “uno a uno” – la paridad cambiaria - hiciera feliz a mucha gente. El estallido del 2001 fue un quebranto gravísimo, pero la salida de esa coyuntura no disminuyó la participación de las mujeres en la PEA; por el contrario, durante los años siguientes años aumentó la proporción de mujeres que trabajaban, aunque la concentración siguió siendo el sector Servicios.

Ocurrió en este último ciclo un fenómeno en relación con la PEA femenina, lo que Catalina Wainerman llamó una tendencia a la *meseta* de la participación de las mujeres cuando se alteraron las proporciones históricas de las mujeres en el mercado laboral. Hacia 1950 el comportamiento de las mujeres era típico: ingresaban jóvenes al mercado laboral, luego ocurría el apartamiento para la crianza de los hijos, entonces la curva bajaba notablemente, y como ha estudiado Helena Hirata², las mujeres que deseaban reincorporarse más tarde al mercado lo hacían en posiciones inferiores a las que habían dejado. Los varones tienen menos dificultades de adaptarse a los cambios laborales. Si un varón pierde su especialidad, el mercado le ofrece otras alternativas. Lo que da cuenta de una recepción mucho más amigable. En cambio, para las mujeres no ocurre esto. Cuando se retiran del mundo laboral y pasan algún tiempo “inactivas”, suelen regresar en condiciones desfavorables; en puestos de menor calificación. La cuestión que deseo subrayar es que a la salida de los años noventa constituimos un mercado de trabajo femenino con una curva que no ha bajado y que toma la forma de

2 Helena Hirata (2002). *Nova divisão sexual do trabalho? Um olhar voltado para a empresa e a sociedade*. Sao Paulo, Brasil: Boitempo.

una meseta. Hoy día encontramos que las mujeres no se retiran para la crianza de los hijos y que permanecen “activas” hasta la jubilación. Quiere decir que las mujeres más jóvenes aprendieron la lección y no abandonan fácilmente la posición en el mercado. También ha cambiado el hecho de que las profesionales ejerzan en estos últimos años efectivamente su especialidad, a diferencia del pasado en que no eran pocas las egresadas universitarias que “colgaban” sus títulos frente a las demandas de orden doméstico. Es cierto que en el análisis de las mujeres y las actividades económicas no puede soslayarse el fenómeno que en economía se llama *costo de oportunidad*. El costo de oportunidad no es instintivo. Es un cabildeo que las mujeres de los sectores populares hacen rápidamente: “¿Qué me conviene más?”. No cabe duda de que los grandes cambios culturales logrados, las sintonías feministas que han ocurrido y las transformaciones en la legislación estimulan cierta equidad entre los géneros en la oferta laboral, y esto es especialmente cierto para las mujeres de clase media en nuestra región, más próximas de una subjetivación que les permite un reconocimiento de sí que las anima a desempeños laborales.

Pero las mujeres de los sectores populares están atosigadas, especialmente por el mayor número de hijos que se manifiesta dentro de estos sectores. En sinto-

nía con los obstáculos, se escucha de modo redundante: “¿Con quién dejo a los chicos? Si yo voy a ganar veinte pesos la hora para ir a trabajar, y gasto tanto en transporte, y tengo que pedirle a una comadre a la que voy a pagarle porque no tengo a nadie de la familia que se ocupe... Me quedo en casa”. Por eso las llamadas *inactivas* deberían ser analizadas en esta inteligibilidad de expectativa negativa. De modo que el estímulo para cierta autonomía está más cerca de una joven de clase media que de otra joven de los segmentos populares. Por lo general ocurren más embarazos adolescentes entre los grupos de menores recursos y hay una gran cantidad de mujeres que con veinte años ya tiene dos niños, puede o no estar en pareja. Imaginamos la disyuntiva entre salir a trabajar, y exponer a mayores riesgos a los niños. Es imprescindible considerar las condiciones de estas congéneres con padecimientos agregados por la falta de recursos, los problemas de hábitat, las carencias sanitarias y educativas. No puede dejar de admitirse que la Asignación Universal por Hijo vino a paliar esta situación, pero no ha podido resolverse de fondo el problema de la oportunidad laboral para las mujeres de sectores populares.

Antes de entrar en las circunstancias más actuales, me gustaría hacer una referencia respecto de los riesgos que están asociados hoy en día a la pobreza, aunque desde luego también alcanzan a los niños

y niñas de la clase media, a las y los adolescentes. Pero es incontestable que los riesgos se multiplican tratándose de sectores populares. La situación de adicciones en niños con algunos tóxicos como, por ejemplo, el *paco*, de efecto letal o que deja graves secuelas en los niños y jóvenes. Si se sobrevive a esas drogas hay una afectación neurológica grave, como ocurre con los consumidores de *paco*. Hay medidas del gobierno anterior que en este momento están suspendidas, pero es muy grave que las madres trabajadoras – y los padres- no sean amparados específicamente por una ley que les asegure cobertura cuando se trata de apartamiento para atender niñas y niños, adolescentes y jóvenes adictos. Las adicciones conllevan larguísimos tratamientos y son por lo general las mujeres las forzadas a tomar las licencias por enfermedad (he ahí otra marca muy patriarcal) para atender al hijo/hija adicta. No bastan uno, dos o tres meses de licencia – por lo general los tratamientos intensivos llevan un año -, y cuando los plazos se agotan, esas madres tienen que pedir licencia para sí mismas, generalmente licencias psiquiátricas, lo que constituye un antecedente adverso en su hoja de servicios. Hay dos situaciones que no se han resuelto legalmente hasta ahora: una es la del acoso laboral, que no está expresamente comprendido en la ley de contrato de trabajo, y la otra es que no hay cobertura para las licencias que exige el cuidado de

familiares con adicciones.

Quiero centrarme finalmente en la actual coyuntura, con un gobierno que responde a una concepción que de modo sintético se denomina “neoliberal”; noción que es discutible pero en clara oposición a los regímenes distributivos *populistas*. Permítaseme una digresión respecto del fenómeno antes de volver a la cuestión de las mujeres y las segregaciones agregadas de clase y etnia. En América Latina el denominado *populismo* ancla en dos cuestiones centrales. Por un lado, apuestan al mercado interno, con desarrollos que están asociados a cierta soberanía tecnológica, por otro lado, producen redistribución de los recursos apuntando a la mayor equidad social. En realidad se llaman *populistas* por una hipérbole de la idea de demagogia, pero deberían asociarse a *regímenes democráticos de mayor intensidad*. No se entiende bien, a no ser por puntos de vista ideológicos y políticos – y no por la objetividad del conocimiento – el porqué de la construcción del sentido negativo del término *populismo*. Como convención académica, plantea aciertos y desaciertos, y podríamos sostener que hay diferencias subrayadas entre el *populismo peronista*, el *populismo varguista*, el *populismo* de Lázaro Cárdenas, o los *prepopulismos* como el de Batlle y Ordóñez en Uruguay. En realidad es notable que ahí donde está en juego la hegemonía, como sostiene

Laclau, se atribuya al populismo una *perturbación* del sistema democrático, en lugar de significar a menudo una forma de democratización más radical en la que el Estado juega el papel principal de asignación de recursos tales como la educación, la salud, la protección de las/y los asalariados. Pero debería recordarse que en el antiguo camino que condujo al *Estado de Bienestar* surgen varias imágenes de la radicalidad posible de la democracia, tal como la proporciona generalmente el propio cauce *liberal clásico*, circunstancia que las actuales posiciones neoliberales ocultan. No estoy tan segura de que los liberales de la economía clásica apostaron solo al mercado. Resulta innegable que la tradición inglesa ha sido liberal, pero originó la vertiente de la *radicalidad liberal* que se aproximó al régimen de protección por parte del Estado, y recordaré que de esa radicalidad también emergió el Partido Laborista. Este partido no proviene del marxismo sino de una profundización de la radicalidad liberal que contribuyó con plataformas de dignificación y estrategias redistributivas para asegurar la convivencia, y desde luego, el mercado.

Lo cierto es que enfrentamos un gobierno completamente adverso a los sistemas redistributivos de ingresos que suponen la inexorable intervención del Estado a fin de evitar una sociedad sin contrapesos sociales, impedir las concentraciones y las inequida-

des derivadas. En este contexto de políticas de ajuste no es difícil vaticinar quiénes son las poblaciones más afectadas, y conjeturar acerca de lo que ocurrirá con las mujeres, muy especialmente de los sectores de menores ingresos. Claramente va a haber más mujeres que se lancen al mercado laboral para paliar circunstancias dramáticas y tendremos un crecimiento de la PEA femenina desocupada. Habrá una alteración gravísima en términos de las coordenadas de los acuerdos familiares, pues con certeza habrá mucho desacuerdo y va a incrementarse la violencia contra las mujeres. Enfrentaremos un crecimiento de las conductas violentas debido a la alta vulnerabilidad de un mayor número de personas, a los desajustes en las economías familiares. Como en los años 90, se asistirá nuevamente a la crisis identitaria de los varones, obligados a ser proveedores según el mandato patriarcal. Desde luego hay porciones de nuestra población, centralmente los pueblos originarios - objeto ahora de represiones severas - que se encuentran más amenazados de pérdida de los todavía escasos derechos conquistados y con riesgos de desintegración. De ninguna manera quiero decir que habrá *disfunciones familiares* - puesto que este término es completamente incorrecto pues deriva de las concepciones estructural-funcionalistas y remite a la idea de que existe un patrón de *familia correcta*. Cuando decrece la autoestima surgen depresiones y

violencias, y aparece el fantasma de dar rienda suelta a los conflictos internos.

Estamos frente a la hipótesis de que asistiremos a una mayor frustración de muchas mujeres, inclusive entre las más calificadas. Deseo desmentir que la alta calificación es un buen predictivo para que las mujeres mejoren en el mercado laboral aunque en términos generales podría aseverarse que la mejor calificación es más habilitante. Pero debido a las relaciones jerarquizadas de género, una mujer puede estar altamente calificada y ganar mucho menos que un varón. La brecha salarial entre varones y mujeres se sitúa en alrededor del 25 %, lo que quiere decir que las mujeres reciben entre el 70 y 80 % de lo que corresponde a los varones, y lo notable es que en el segmento de quienes poseen mayor calificación la brecha es también mayor. No quiere decir que se retribuya de manera diferenciada a mujeres y varones pues la Constitución argentina lo prohíbe - no podría haber diferencia para igual puesto-, el problema es el diferencial de jerarquías que alcanzan los varones, las barreras que obstruyen la carrera ascendente de las mujeres. Por eso la masa salarial de las docentes universitarias, aunque tengan doctorados y posdoctorados, presenta un atraso con la masa salarial de los varones. La mayoría de las mujeres está en los rangos más bajos del desempeño universitario; la mayor parte de los cargos de

dedicación exclusiva están reservados a los colegas varones. Las CEO's –los cargos de alta dirección empresarial - en nuestro país representan alrededor del 14% y 16 %, y es completamente difícil quebrar el *techo de cristal* tal como se denomina a esa imposibilidad de ascenso de las mujeres.

Desde mi perspectiva académica, ideológica, política y como feminista, sostengo que enfrentamos un ciclo aciago en el que aumentará la desigualdad social y será pronunciada la inequidad. De proseguir así tendremos una composición de la PEA mucho más abultada de mujeres, a causa también de la mayor desocupación relativa que las habrá alcanzado. Empleo no es lo mismo que ocupación; hay que hacer una distinción semántica. Empleo es una categoría que refiere a una conformación relativamente estable y formal del trabajo, implica estabilidad y registro. Pues bien, es necesario recalcar que la informalidad laboral está representada sobre todo por mujeres. En la actual circunstancia es altamente probable que aquellos peor parados en el mercado laboral hayan sido los que recibieron primero los embates, quienes estaban haciendo *changas* han visto menguadas las oportunidades. Conjeturo que las primeras consecuencias de las actuales políticas se revelan especialmente sobre los que están mal parados en el mercado laboral, y los que están mal parados son sobre todo mujeres. Pero resulta

innegable que esta crisis está afectando a los que relativamente estaban mejor situados laboralmente debido al cierre de PYMES (Pequeñas y Medianas Empresas), al ajuste en plantas industriales. Véase el caso de PepsiCo que ha despedido a numerosos trabajadores que tenían quince y más años de trabajo, y donde había un número importante de mujeres. El rubro de la alimentación es el que ha empleado a una gran cantidad de mujeres y las industrias locales están en riesgo debido a la apertura indiscriminada de las importaciones.

Antes de cerrar, desearía expresar que todavía nos faltan trabajos de investigación que focalicen en las mujeres de los pueblos originarios, del pasado y del presente. Si los análisis de la condición femenina han aumentado notablemente en las últimas décadas, se requiere abordar las relaciones de género en las comunidades aborígenes, analizar en profundidad las formas patriarcales de cada uno de los grupos que antecedieron a la conquista española. La segregación étnica si bien ha sido visibilizada por una abundante producción académica, todavía no ha hecho justicia a la especial condición de las mujeres. La resistencia de las comunidades a menudo ha tenido que ver con fuertes protagonismos femeninos, y en estos años hemos asistido al liderazgo particular de Milagro Sala, y también al encono con que el actual gobierno de Jujuy la ha perseguido

junto a sus compañeras y compañeros. No puede sorprender que las más hostigadas hayan sido las mujeres de la organización Tupac-Amaru³. La persecución a Milagro Sala y su prisión arbitraria, ponen de relieve una conjunción de clase, género y etnia que debía ser ejemplarmente sancionada y de ahí el tratamiento ominoso que le han reservado los poderes provinciales.

Para ir cerrando entonces, deseo insistir en que esta crisis afecta al conjunto de la sociedad, a excepción de los grupos concentrados que se han hecho cargo del Estado. Esa crisis tendrá consecuencias severas y muy perniciosas para las mujeres, de modo particular para las que revisten en los sectores populares y los menos incluidos, como los pueblos originarios. Estoy volviendo en estos días a una expresión que

3 Movimiento social fundado por la dirigente indígena Milagro Sala, en Jujuy, Argentina. “Es una de las mayores organizaciones de la Argentina. Presente en 17 provincias, con más de 70.000 afiliados, brinda trabajo a miles personas. Ha construido barrios, escuelas, centros de salud, centros de recreación, museos, centros culturales, fábricas” (www.welcometothecantri.com). Junto a otros dirigentes de la agrupación, Milagro Sala fue detenida el 16 de enero de 2016 “por orden del recientemente electo Gobernador de la Provincia Gerardo Morales y fue privada ilegalmente de su libertad, convirtiéndose en la primera detenida política en democracia” (www.welcometothecantri.com). (Nota de los editores)

usaba en los noventa, que he remozado y con la que me gustaría cerrar. En realidad es una invitación a reforzar con entusiasmo la posibilidad de superar la actual encrucijada. Quiero animarlas, invitarlos e invitarlas a entusiasmarse con la acción; las mujeres deben insistir en la vieja resistencia con la fuerza que las ha caracterizado frente a las crisis. Esta no es hora para depresiones. Quiero convencerlas de mi íntima convicción: abandonar el pesimismo.



Desigualdad y Exclusión*

GABRIEL KESSLER



En el 2015 publiqué un libro llamado: *Controversias sobre la desigualdad. Argentina 2003-2013*. ¿Qué hago en ese libro? La idea del libro provenía de unos años antes cuando empezamos a escuchar sobre la famosa grieta, no tan solo en el programa de Lanata, sino en el campo académico, en el mundo de la investigación, en el mundo político. Había como dos Argentinas distintas según la forma en que se miraba. Algunos y algunas decían que la situación en todas sus dimensiones había mejorado; que estábamos en el mejor de los mundos posibles, o por lo menos, en los mejores años de la Argentina. Mientras otros y otras decían que no; que nada había cambiado; que la Argentina era casi igual que en los noventa. Y unos y otros (esto tam-

* La conferencia se dictó el Viernes 5 de mayo de 2017

bién en el debate político, académico) se basaban en datos para sustentar una u otra versión. Si yo quería decir que nada había cambiado, que estábamos igual que en la época de Menem, tenía datos que lo sustentaban. Si yo quería decir que, por el contrario, todo estaba mejor, también tenía toda una batería de datos para mostrar que, efectivamente, en décadas, por lo menos desde el primero y el segundo peronismos, nunca la Argentina había conseguido una disminución de la desigualdad comparable.

Como me dijo un estudiante de grado: "Es poco serio decir que todo está bien o todo está mal". Es posible, en torno a lo que hace a las ciencias sociales, mostrar los matices de la situación. Lo que yo hice fue revisar una serie de dimensiones: ingreso, trabajo, impuestos, educación, salud, vivienda y hábitat, desigualdades territoriales, estructura, cuestión rural, seguridad. Lo que hice fue revisar lo que se había producido en esos años, siendo lo más pluralista posible, a lo largo de los años, considerando diferentes posturas, para tratar de ordenar los debates. Es decir: ¿qué se dice de cada una de las posiciones? ¿En dónde hay consenso? ¿En dónde hay divergencia? ¿En qué tipo de datos se basan cada una de las posiciones? Para llegar a mi propia síntesis también personal, y para demostrar algunas cosas de las que voy a hablar ahora. En esta charla, al tema que está en el libro le voy a agregar también un breve epílogo

sobre qué fue lo que pasó después del 2015. Quiero decir que esto es y no es un balance del kichne-rismo. No podría decir que no lo es porque, al fin de cuentas, el libro fue mi intervención política para decir lo que quería decir sobre el período. Pero tampoco es un balance sobre el gobierno. Hay muchos temas que yo no trato, temas acuciantes como la corrupción, o temas que claramente han mejorado como los derechos humanos, derecho a la identidad, matrimonio igualitario, etc. Simplemente me centré en temas donde claramente había controversia, donde no había acuerdo acerca de si habíamos mejorado o empeorado, y también dimensiones que son importantes para el bienestar de la población. Lo que voy a hacer es recorrer cuáles son las controversias en cada uno de estos temas, y voy a marcar las principales. Sobre todo voy a centrarme en uno o dos ejes en cada tema. Luego, en cada una de las dimensiones, donde hay consenso, donde hay mejoras, plantearé algunas críticas y preguntas que quedan pendientes.

Este libro tiene una hipótesis que recorre los diferentes capítulos: es la idea de tendencias contrapuestas ¿Qué quiere decir tendencias contrapuestas? La idea es que en la estructura social de la sociedad argentina durante la década de este estudio, 2003-2013, hubo movimientos hacia una disminución de la desigualdad social. Pero también en la dirección

contraria: hubo movimientos que tendieron a reforzar formas de desigualdad, que en algunos casos provenían de los años noventa, o de antes, acumulado de décadas y décadas, y también otras que se fueron creando en ese mismo período, el período kirchnerista. Veremos que esas tendencias contrapuestas se darán en alguna esfera. En educación puedo tener más inclusión pero quizá más diferencia de calidad; es decir, tendencias hacia la igualdad y hacia la desigualdad. Pero, en otros casos, las mejoras de una esfera pueden generar desigualdad en otra ¿Qué quiere decir esto? Por ejemplo, la reactivación económica tuvo un impacto muy fuerte en el encarecimiento de la tierra y de la vivienda, tanto rural como urbana. Hogares que mejoraron claramente su situación en relación con los ingresos, vieron dificultados su acceso a la tierra y a la vivienda. Ahora bien, comenzando con la primera dimensión: ¿qué pasó con la desigualdad, pobreza e inclusión? Lo primero para decir es que donde hubo acuerdo como movimiento en pos del aumento de la igualdad o disminución de la desigualdad en la década, fue en lo que se llamó la *re-regulación de las relaciones de trabajo*. ¿Qué quiere decir *re-regulación de las relaciones de trabajo*? Quiere decir que en la década pasada hubo medidas. Muchas de las leyes de flexibilización laboral que se habían dado en los años noventa fueron revisándose. Así las cosas,

tuvimos salarios mínimos relativamente dignos; tuvimos intención de negociaciones salariales, nuevas leyes protegiendo al trabajo de empleadas domésticas y el trabajo rural. Y eso tuvo un impacto en las protecciones y en los salarios, de disminución de desigualdad. Sobre eso hay consenso. También hay consenso en que hubo un gran aumento de las coberturas de todo tipo: coberturas jubilatorias, coberturas de programas de transferencias de pensiones, de distintos, tipos de pensiones. Por ende, si uno tiene que decir dónde sí hubo claramente un avance, este fue en el aumento de coberturas y en la re-regulación de las relaciones de trabajo.

¿Cuáles fueron las controversias? Hasta acá todo venía muy bien y todos estaban de acuerdo ¿Cuáles fueron los tres o cuatro puntos donde ya había algún tipo de crítica? Uno, no hubo una ruptura en la distribución funcional. Esto quiere decir que la participación de los trabajadores y de las trabajadoras en el ingreso se mantuvo más o menos estable. Sabemos que hay algo llamado *distribución funcional*; es decir, cómo se distribuye la riqueza del país entre trabajadores, asalariados y asalariadas, propietarios y propietarias, empresarios, etc. Eso que muestra que una sociedad es más igualitaria cuando el pedazo de torta que les corresponde a los asalariados se incrementa. Hay muchas consideraciones que lo hacen

más complejo, pero por ahora no quiero ponerle más complejidad. La distribución funcional en toda América Latina casi no mejoró; o sea, en general, mejoró la situación de ingresos de los trabajadores menos calificados en relación con los más calificados. Sobre todo mejoró la situación de los trabajadores con educación secundaria, que en los noventa estaban muy mal y con muy poco trabajo. Pero por otro lado, la parte de la torta que les correspondía a los trabajadores no aumentó. Como ustedes saben hubo muchos problemas con los datos del INDEC; tampoco hubo consenso de cómo establecer estadísticas alternativas (cada consultora tiene sus propios números). Pero en términos generales hubo consenso en que la *distribución funcional* cambió poco.

Al mismo tiempo hubo una discusión muy importante sobre qué pasó con los impuestos. Ustedes saben que los impuestos (algo muy técnico y bastante trabajoso) son centrales para la mayor igualdad o desigualdad de alguna sociedad. Cuando uno compara América Latina con Europa, antes de los impuestos, la desigualdad es la misma. Son los impuestos los que cambian, por ejemplo en Europa, haciendo que las sociedades sean mucho más igualitarias que la nuestra. Entonces si hay una lucha central en pos de la igualdad es en las reformas tributarias. Por eso son tan difíciles de hacer y son los focos de oposición más fuertes en casi todos los

países. A veces es un foco de oposición silencioso sobre cosas que se manejan a nivel de *palacio*, es decir por fuera de la discusión pública, entre elites. Pero si no hay un cambio tributario, lo que pueda hacerse por la desigualdad siempre va a ser muy poco. Hay un debate en la Argentina: si la tributación en la Argentina siempre fue (sobre todo desde los años ochenta en adelante) fuertemente regresiva porque estaba muy basada en el consumo (pagamos IVA). Sabemos que cuanto menos plata tiene uno, más parte de su ingreso -aunque no todo- lo gasta en consumo y en pagar impuestos. Hay muchos rubros que pagan poco o nada de impuestos: la renta financiera, el patrimonio, etcétera. Entonces hay todo un debate. Algunos autores dijeron que durante el kirchnerismo, la tan contenciosa 125 tenía un contenido igualador, en la medida en que tributaba una renta extraordinaria. Pero hay algunos autores que dicen que no, porque excluye del debate otros impuestos, como por ejemplo la falta de impuesto a la herencia, algunos impuestos provinciales, la asistencia desde la producción industrial, que también generan algún tipo de desigualdades. Es decir; hay un debate que no está saldado, pero en términos generales podemos decir que la tributación tuvo un viso de progresividad en los años pasados, pero los expertos dijeron que sobre todo en los impuestos extraordinarios, como la 125. O sea; la

estructura sigue siendo desigual, con algunos visos, algunas ideas de progresividad, como los impuestos a las rentas extraordinarias agrarias.

En relación con género e ingresos, ingresos entre género y recursos, se mantiene lo que vimos en la década pasada: la segregación y la llamada *discriminación pertinaz*. ¿Qué quiere decir pertinaz? Por ejemplo, si se logra un avance en términos de igualdad de género en el terreno de la educación, luego la discriminación se traslada al mercado del trabajo; si logro que en el mercado de trabajo se incluya la discriminación, entonces se va a concentrar en que se le va a pagar menos a las mujeres por tareas similares o que se les exija más diplomas que a los hombres para ocupar el mismo puesto. Es decir; la discriminación de género se mantiene y adopta caras diversas. En la Argentina se mantiene la llamada segregación laboral horizontal y vertical por género, que es que todavía las mujeres están subrepresentadas en determinados puestos de mayor jerarquía y se les exige más diplomas para esos puestos, y al mismo tiempo, a igualdad de posiciones, hay diferentes ingresos por género. O sea, se mantiene una segregación laboral en el mercado de trabajo.

Para cerrar esta primera parte sobre qué pasó con la cuestión de desigualdad e ingreso, puedo decir, sintéticamente, que hubo una mejora de los trabajadores menos calificados y hubo un aumento de las

protecciones. Y el gran debate, además de la inflación que todos sufrimos a diario, es que para muchos autores aumentó el llamado *polo de exclusión estructural*. El *polo de exclusión estructural* quiere decir que, a la vez que la economía generó puestos de trabajo calificados -producto de la reactivación-; que esos puestos fueron protegidos; que los sindicatos tuvieron una revitalización, y que eso también dio una mejora en la situación de los trabajadores; por otro lado, se generó un polo donde están los trabajadores precarios, en negro, informales, los que están en sectores productivos poco protegidos -muchas veces mujeres-; los que están en las zonas periféricas en el mundo del trabajo; las zonas periféricas de las ciudades con peores empleos; los que trabajan por cuenta propia, pero con ingresos muy bajos. Ese polo había contado como una economía a dos velocidades. Para algunos sectores críticos, por ejemplo, los trabajos más precarios fueron el barómetro de la deuda social de la Universidad Católica. Ese polo había llegado al 30 o 40 % del mercado del trabajo. Otros dicen que no. O sea, es como si hubiéramos tenido una economía a dos velocidades. En realidad, lo que está en debate es qué categorías poner en el polo de exclusión estructural. Si yo incluyo más categorías en el polo de discusión, por ejemplo, poner todos los trabajadores en negro o trabajadores sobreocupados (los que trabajan

muchas horas porque no les alcanza el dinero), ese polo de exclusión es muy grande. Así, parte de lo que se debatía es qué considero yo como polo de exclusión estructural, y sobre eso se dan las discusiones técnico-políticas.

¿Qué pasó en educación? Fue necesario normalizar el sistema educativo. Muchas provincias prácticamente no tuvieron clases en el 2002. Había una desarticulación total en el sistema educativo: 55 formas de articulación entre el EGB y el polimodal, como señalan en un libro de Filmus y Carina Kaplan. Hubo mucha inclusión, más planes para la inclusión y terminalidad educativa e incremento de cobertura en todos los sectores. En el tema de la desigualdad se planteó ese otro tema tan complejo, tan debatido, donde muchas veces no sabemos cómo medirlo ni qué pensar: la calidad de la educación.

Ustedes saben que desde hace unos años se toman pruebas internacionales. La más famosa es la prueba PISA, que algunos de ustedes han conocido en el colegio secundario, pero también hay pruebas para el sector primario. Y a la Argentina no le fue bien, como no le fue bien a América Latina en general. La verdad es que nos fue bastante mal en casi todas. Salimos entre los últimos países. Hubo mucha diferencia entre los estudiantes más pobres y los más ricos y mucha diferencia entre provincias también.

Hay mucho debate. No todos acuerdan con que la prueba PISA permite captar la complejidad del sistema educativo. Yo estoy de acuerdo con eso también. Pero tampoco la solución es decir: “esto no sirve para nada”. El propio Ministerio de Educación tuvo su prueba ONE, había creado su propia prueba. Pero, en todo caso, ¿qué muestran las pruebas? Muestran que Argentina, en relación con la calidad de la educación, es más desigual que la distribución del ingreso y que la inversión en educación y en general, el grado de desarrollo del país. Es decir, que algo pasa ahí. Para mí la pregunta es cómo interpretar el impacto de esta desigualdad de calidad en la desigualdad en general. Es decir, en la Argentina todavía no tenemos en general una queja del sistema productivo en el sentido de que “los estudiantes vienen mal preparados”. Es decir, no tenemos evidencia de que los problemas de calidad impacten en el sistema productivo. Algunas evidencias de los países centrales dicen que hay una relación, pero no tenemos estudios ni en Argentina ni en América Latina en general. Asimismo continúa la migración hacia el sector privado, continúan las desigualdades de presupuesto entre provincias, entre sueldos docentes y horas de clase. Al ver el presupuesto por alumno que tienen las provincias, las desigualdades son muy fuertes, y todo esto, por supuesto, repercute en los resultados educativos.

¿En que hubo tendencia hacia una mayor igualdad? Hubo más inclusión. Esto es algo que ya se ve en los noventa: van disminuyendo las diferencias de años de educación entre las clases sociales. Es decir; si vos tenés una familia de clase baja o de clase media, los abuelos de la clase media y la clase baja van a tener mucha diferencia en los años de educación, mucho más que la de los chicos más jóvenes. Esto acerca las expectativas, acerca los universos de chicos y chicas de distintas clases sociales.

En relación con el futuro de la educación, hay optimismo y pesimismo. Hay un discurso decadentista, que yo no comparto, que es: “la educación ya no es lo que era”; “los jóvenes ya no son lo que eran”. Sabemos que cada generación, cuando envejece, empieza a ver su pasado como ideal. Los griegos del pasado -ya en ese entonces- se quejaban de las nuevas generaciones. Por eso hay que ser cautos con el discurso decadentista sobre la educación. Los jóvenes tienen muchas competencias, sobre todo diferencias en el manejo de la tecnología en relación con los mayores. Ante ese nuevo lenguaje y conocimiento nuevo, el sector educativo lo acepta pero no logra compatibilizarlo en función de sus saberes más acumulados. El lado optimista es que en la Argentina -por parte de los jóvenes- se ve una gran innovación en artes, ciencias, cine, política, etcétera. Eso no puede estar desvinculado del sistema educativo. Tenemos

un país que hace un cine increíble; que tiene algo para decir importante en todo tipo de arte. Entonces no podemos decir que el sistema educativo es muy malo porque algo de lo educativo tuvo que ver con toda esa generación de creatividad.

En salud, en términos generales, mejoraron los indicadores de mortalidad infantil y de distintas enfermedades, pero no los de mortalidad materna. Sin embargo, el claroscuro frente a eso fue que nosotros, en general, mejoramos menos que otros países. Hablo de América Latina. No comparo con Europa, sino con países de la región que habían empezado peor que nosotros y mejoraron más. Y esto con un gasto en salud importante, o sea, en nuestro país, en cuestión de salud pública y privada, tuvo menor eficacia que en otros países. Esto de "eficacia" suena a neoliberal, pero habla de desigualdad. Eso es un poco la crítica. En relación con la salud también quedan muchas áreas no visibles, poco presentes en el espacio público, como enfermedades de la pobreza de larga data. Por ejemplo, Chagas. Ciertas políticas fácilmente hubieran terminado con la vinchuca, pero el mal de Chagas aumentó en muchas provincias. Pero es un tema que no le interesa a nadie, no genera preocupación política ni protesta; nada que pueda generar una acción colectiva. Y también hubo enfermedades de la pobreza como hantavirus, por ejemplo. Hubo un resurgimiento de la tubercu-

losis. Al mismo tiempo que hubo una mejora en salud, se suma la falta de seguros para enfermedades catastróficas, aquellas que tienen el poder -por su alto costo- de destruir un presupuesto familiar, y no tenemos políticas de seguro frente a esas enfermedades. También hay un problema con los remedios *huérfanos y críticos*. Son remedios que, en general, no le interesan a nadie porque están vinculados con enfermedades de la pobreza. Todo esto tiene mucho impacto en la salud, la enfermedad, y en la muerte de los argentinos y argentinas y de otros que viven en el país. Por supuesto es un tema de desigualdad. Discutimos mucho en estos días si el sistema educativo se movía o no se movía. Algunos que están en el sistema educativo me decían que les parece que se tarda más en cambiar. Yo les diría que comparado con otros temas, el sistema educativo siempre está en movimiento, siempre está pensando como innovar. En cambio, el sistema de salud, bastante menos. Por ejemplo, el perfil epidemiológico de nuestra población hoy exigiría que gran parte del esfuerzo esté puesto en acompañar a las personas en el control y riesgos derivados del colesterol, hipertensión, diabetes; dolencias que son de fácil y barato control en relación con otras enfermedades. Y sin embargo, no hay prácticamente planes nacionales dedicados seriamente a estos problemas. Ahí hay realmente una falta total -mucho más que en otras esferas- de adap-

tación de los servicios de salud a la realidad actual y eso, por supuesto, tiene un efecto de desigualdad.

¿Qué fue lo mejor que pasó en términos de salud? Algo muy importante: la cobertura aumentó un 20 % desde el 2003 al 2012. Un 20 % más de personas en el país, que tenían algún tipo de cobertura social ya sea provincial, municipal, jubilatoria, etc. Eso fue muy importante. Pasamos de tener un 60 % -sólo cubiertos por el hospital público- a un 40 %. Si eso va a tener un impacto muy fuerte en los procesos de salud y enfermedad; en los derechos de quienes están cubiertos, eso todavía no lo sabemos, pero sin duda es uno de los mayores logros en términos de igualdad de la década. Lo que en paralelo también pasó en el terreno educativo, es que hay más población cubierta por determinados servicios, y más diferenciación interna: yo tengo más inclusión y más desigualdad interna. Algo similar puede pensarse en términos de educación, hay más gente en el sistema y por lo tanto más diferencias internas. La pregunta en términos de igualdad es: ¿qué es más igualitario? ¿Un sistema que incluye más, que puede ser más homogéneo en el interior, pero que tiene la desigualdad afuera? ¿O un sistema que incluye más, pero parte de esa desigualdad que estaba afuera ahora se tiene que negociar, manejar, en el propio sistema? Esto es algo que charlamos mucho en estos días: cómo uno tiene que conjugar de manera conjunta, inclusión

con desigualdad. Hay una forma de exclusión clásica que es adentro y afuera. Los que están afuera del sistema educativo; los que están afuera de la cobertura de salud. Pero hay otras formas de exclusión como la de los más débiles; que no siempre son exclusiones, sino diferenciaciones. Es declinar inclusión con estratificaciones de desigualdades internas. Personalmente, son las cosas que más me interesan como desafío para pensar, para investigar, porque el tema de inclusión con desigualdad nos obliga a poner juntas a cosas que veíamos por separado.

Para terminar la parte de salud como tendencias contrapuestas, puedo decir que en los procesos de salud-enfermedad, se mantienen enfermedades que son de los más pobres. Hay un polo de exclusión estructural también en salud. Enfermedades como hantavirus, tuberculosis, mal de Chagas, es muy poco probable que los sectores más incluidos las sufran. Y en las otras enfermedades hay una distribución. A medida que alguien es más pobre, es más probable que tenga cualquier enfermedad, pero hay como ese perfil doble: hay enfermedades distribuidas desigualmente en la estructura social, y otras que son solo de los más excluidos; es decir, enfermedades de la pobreza extrema.

¿Qué pasó con la vivienda? Cuando uno compara el censo del 2001 y del 2010 y mira las situaciones de vivienda y de hábitat: qué pasa con las cloacas, con

el acceso al gas, con el acceso a la electricidad, con el agua potable. Comparando provincias, el 2010 mejora en todo. El piso aumentó. Pero se mantienen las desigualdades relativas de las provincias; o sea, Tucumán en el 2010 se encuentra mejor de lo que estaba en el 2001, pero la distancia con el promedio nacional, o con las provincias que mejor estaban, se mantiene. Entonces también debemos articular esas dos cuestiones: el mejoramiento del piso y el mantenimiento de las brechas. Parte de lo que quiero transmitir es tratar de mirar la complejidad de la situación social. No es solo decir: "no mejora nada". No, si uno compara 2001-2010, todo nos da mejor. Si yo quiero mirar en términos de desigualdad, miro. Comparo cada provincia, cuáles están por debajo del promedio, en cuáles la desigualdad se mantiene. Si había 15 provincias por debajo del promedio en el 2001, hay 15 o 16 en el 2010. En salud lo veo un poco peor, hay algunas comparaciones internacionales que tomé, sobre lo que había pasado con determinadas carencias en relación con zonas precarias, etcétera, y nos fue peor. Aumenta la brecha entre las zonas precarias y los promedios nacionales en casi todos los ítems que mide, por ejemplo, el barómetro de la deuda social de la UCA. La gran deuda es en relación con las villas y asentamientos. En el Gran Buenos Aires hay aproximadamente mil villas y asentamientos.

La otra cuestión central es que la reactivación económica encareció las viviendas. Como decía al principio, es uno de los temas más graves porque hoy claramente no hay tierra disponible en la Argentina. Esto está muy estudiado. Todas las tierras son apetecidas por alguien, por el mercado inmobiliario, por expansión de la frontera agrícola. No hay tierra. Argentina siempre tuvo mucha tierra fiscal, privada, pública, que estaba disponible. Hoy prácticamente no. Es un problema para la frontera agrícola que quiere sus tierras; es un problema para el desarrollo urbano; es un problema en todo el país para quienes tuvieron PROCREAR, que la tierra está muy cara. Todo esto es un tema muy largo porque no podemos tener una reducción de la desigualdad sin políticas de regulación del suelo. Sirve poco, no alcanza si uno tiene una política desarrollista con la vivienda, si al mismo tiempo no tiene una política de regulación con el suelo, o sea, qué hago con el suelo, quién se apropia del suelo, si freno lo que se llama la apropiación de la plusvalía de la tierra. Eso es una de las grandes carencias de toda América Latina.

En relación con las desigualdades territoriales hay algunos estudios -no tantos como deberían hacerse- que analizan los departamentos más periféricos y más pobres de las provincias del norte y centro del país. Un estudio de hace unos años de F. Gatto marca que hay cuatro millones de personas en los

departamentos más pobres, que acumulan la mayor cantidad de desventajas individuales y sociales, públicas y privadas, para el desarrollo. Ahí vemos, como dice el autor, la necesidad de pactos territoriales que implicarían no solo dar fuentes de trabajo, sino una infraestructura básica, porque se trata de zonas que casi no tienen electricidad ni agua e incluyen una parte importante de la población argentina. Esto en general está más tratado desde las instancias locales que nacionales. Al mismo tiempo, se da la concentración geográfica de la riqueza, o sea, en la Argentina, desde 1950, cinco provincias producen el 80 % del PBI. Por la experiencia latinoamericana sabemos que no hay posibilidad de una gran disminución de la desigualdad sin una disminución de la concentración geográfica de la riqueza. Suecia es el ejemplo de un país que tiene concentración de riqueza, pero también muchos mecanismos internos de redistribución. A mayor concentración de la riqueza geográfica, mayor desigualdad. Hay un proceso muy importante de modernización que se dio en la Argentina en los últimos cuarenta años; también un proceso de concentración de la tierra, que tampoco empezó en los noventa ni en los ochenta, pero que fue creciendo, un proceso de exclusión de población rural. Tampoco el problema rural viene de los años sesenta o antes, pero cobró más relevancia en la última década.

A partir de la expansión agrícola tan importante que tuvo la Argentina (sobre todo en lo que algunos autores como C. Gras llaman agronegocios), también hay controversia acerca de lo que pasó en materia de igualdad y desigualdad. Ahí los debates son muy fuertes. Vamos a empezar por quienes dicen que la expansión agrícola disminuyó la desigualdad y se basan sobre todo en que los impuestos al campo fueron progresivos y en la tierra valorizada. La tierra se valorizó en los últimos quince años y eso se apunta como potencial igualador, además de favorecer esto también a pequeños y medianos propietarios que venían sumamente endeudados, casi "acogotados" en los años noventa. Hay estudios que muestran cómo muchos pequeños productores, hiper-endeudados, más o menos pudieron pagar sus deudas con la valorización de la tierra. Otro debate es que el campo está cada vez más tecnologizado y por lo tanto se necesita mucha menos mano de obra para trabajar ahí. Pero hay una línea de autores que muestran una relación directa en la creación del trabajo a partir de la innovación tecnológica; y cómo la prosperidad de determinados sectores genera también todo tipo de servicios, porque ya casi nadie vive en el campo, sino en pueblos o ciudades cercanas. Estos autores critican a quienes dicen que el campo no genera trabajo. Ellos dicen: "mirá, hacé bien las cuentas. Mirá cómo se generan en forma indirecta

servicios, trabajo, empleo, etcétera. Hay ciudades donde ese beneficio del campo se ve". Hay muchas críticas y debates, sobre todo de algunas investigaciones en la zona extrapampeana, que muestran que en muchos casos el capital no es pampeano, o no es de la zona, sino que viene de afuera; usa la tierra, y luego vuelve hacia las provincias. Usan la tierra para cosechar, sembrar, y se llevan todo el círculo virtuoso de la cosecha; se extraterritorializa. Esta cuestión agrícola se repite en Chaco, en el Impenetrable. Hay trabajos que se están haciendo en Río Negro, donde se usan las tierras pero no quedan ahí los beneficios. Este cambio en las relaciones de poder es muy criticado. Cada vez hay más poder por parte de las empresas que dan el paquete entero: la semilla, fertilizante y demás. Ese paquete es muy caro y solo el que tiene capital para pagarlo puede dedicarse realmente a la cosecha. De lo contrario, está obligado a vender o a subalquilar o arrendar sus tierras. También hay muchos conflictos documentados sobre la exclusión de la población, en muchos casos de pueblos originarios, despojados de sus tierras. Hay un trabajo que se hizo bajo la dirección de K. Bidaseca que muestra que una parte importante de la población damnificada es la de los pueblos originarios. Si bien hay una ley que impide la expulsión de los pueblos originarios de sus tierras, no es infrecuente que los poderes locales hagan una

alianza con parte del poder judicial local y terratenientes para expulsarlos y arrebatarles sus tierras.

Otro tema, que simplemente menciono, para ir hacia el final. Algo que yo trabajo en el libro: ¿por qué hubo una disminución de la desigualdad y no hubo disminución del delito? Esto también pasó en el período kirchnerista, en el que hubo una pequeña disminución del delito desde el 2002 al 2008. Pero la promesa de que la mejora de la situación social iba a disminuir el delito no se dio. Eso nos desafió a pensar qué había pasado. En relación con esto, solamente quiero decir dos cosas. Una, las cifras generales no permiten ver la persistencia del hecho de desigualdad en territorios más pequeños. Hay algunos trabajos que se hicieron en zonas de Buenos Aires donde la pobreza era de un 60 o 70 %. En la línea contraria, la reactivación económica a veces tiene un impacto en el aumento del delito: hay más bienes que circulan, más dinero, más autos que circulan. Hay un mercado de los autos robados, las piezas son muy caras, y todo eso puede incrementar el delito, lo que se llama oportunidades de delito. Todo esto también ocupa un lugar importante en el libro. Esto nos obliga a pensar de manera un poco diferente en las causas sociales del delito.

Para cerrar (y hacer un pequeño epílogo del período nuevo), ¿qué podemos decir de la época? Como principal deuda del período que pasó, vemos la persis-

tencia de un polo marginal en cada esfera. Si miro en educación, si miro en salud, si miro la situación de las tierras, las enfermedades catastróficas, si yo miro a los que en el sistema educativo son expulsados o a quienes son víctimas de la violencia policial (muy concentrada en determinados territorios), yo puedo ver un polo de exclusión estructural. A veces son los mismos los excluidos de cada esfera. A veces hay situaciones particulares, una enfermedad catastrófica puede afectar a alguien que no está excluido en otras esferas. Después hay desigualdades de acceso y calidad en las distintas esferas. Es decir, hay diferencias en infraestructuras, desigualdad en el acceso a servicios de salud y educación. Eso impacta en los riesgos diferenciales. Es decir, tener peor acceso a una ambulancia o la comunicación, por ejemplo, va a tener un impacto en una situación de riesgo, tanto desde un punto de vista subjetivo (nos hace sentir más desprotegidos) como también objetivamente. También en esto hay una diferencia en la igualdad. ¿Hay grandes avances que entran en tensión? Se eleva el piso pero persisten las desigualdades. Y al mismo tiempo hubo otro fenómeno que es aumento de coberturas y persistencia o aumento de desigualdad interna: más gente en el sistema educativo, en el sistema de salud, en el consumo, y aumento de estratificaciones y de desigualdades internas. Yo creo que la fortaleza de este período en Argentina, como en toda América

Latina, es su tendencia a la inclusión. Es un período de alta inclusión educativa, de alta inclusión en el sistema de salud, coberturas de la jubilación. En general, aquello que traccionó el mercado de trabajo, en particular, formal y urbano, generó una disminución de la desigualdad. Ahora bien, teniendo en cuenta parámetros internacionales, la Argentina fue, y sigue siendo, todavía más igualitaria en distribución del ingreso que en salud y en enfermedad. Si lo pondero en relación con el gasto, en la calidad de la educación, en el acceso a la vivienda y en la victimización, ahí somos más desiguales.

A pesar de todo, hago lo que en general a los sociólogos no nos gusta hacer: emitir un juicio general. Yo creo que el período fue más igualitario. Estoy convencido de que, para evaluar un período, uno tiene que comparar las tendencias de un período con otro. No un año puntual con otro año. Si uno mira las tendencias del período 2003-2013 comparado al anterior, (con todo lo que pueda tener), sí veo una tendencia a la disminución de la desigualdad. Como decía en el libro, aunque lo digo hacia el final pero con más convicción: "todo lo sólido puede desvanecerse en el aire". Así como en el 2001 pensamos que nada iba a reconstruirse fácilmente, se reconstruyó; no fácilmente, pero más rápido de lo que pensamos. Y la pregunta que quedaba, y hoy creo que es más fuerte: ¿esto fue un ciclo de re-

ducción pasajera de un momento más alto de desigualdades, o un cambio de tendencias? No se sabe, no está escrito, pero parte de la época actual hace bastante esa pregunta.

Epílogo: ¿qué pasó en el 2015-2016? Lo del libro ya terminó. Algunos datos, muy rápido. Hubo una caída de la participación de los trabajadores en la riqueza. Esa torta que les decía, 37, 4 y 34,3. O sea, hubo una transferencia de 16.000 millones de dólares de los asalariados. Hubo una transferencia intracapital también. Hubo movimientos en contra del comercio y de la industria de la construcción, a favor de finanzas y de minería. Hubo una caída del empleo registrado y del salario real. Y hubo un aumento de la pobreza entre 2015-2016 que marca un aumento en relación con las personas del 29 al 32 %, que es casi un millón y medio más de individuos. ¿Qué pasó con la desigualdad? Tenemos números recientes. Esto es lo que compara el ingreso de los que están más arriba con más abajo. Cuanto mayor es la diferencia, mayor es la desigualdad. Y entre el 2015, segundo trimestre del 2016 y tercer trimestre del 2016, una medida que hicimos en base al EPH, hay un significativo aumento de la desigualdad porque empeoró la distribución. Hubo un ligero aumento de la desocupación, pero lo más importante que pasó es que, por ahora, hubo una evolución del trabajo registrado comparando agosto del 2015 con agosto del 2016. Lo que pasó es

que hubo una disminución de los asalariados primarios, y de los puestos más protegidos, y un aumento de los distintos puestos menos protegidos: asalariados, independientes monotributistas, independientes autónomos, asalariados en empresas particulares, poco aumento de empleados públicos. Es decir; se ve un proceso de fragilización en el interior del mercado del trabajo. También más trabajadores y trabajadoras en zonas precarias, muy pequeños comerciantes, que no tienen un quiosco en San Miguel sino en los barrios más periféricos, donde los clientes son más periféricos o más pobres. Pensemos en una peluquera o un peluquero que trabajan, no en el centro ni en Yerba Buena, sino en los sectores más bajos o en casas particulares. Eso, que en la Argentina tiene un peso muy muy fuerte en lo social, puede ser en las provincias un 30 o 40 %. Esos sectores tampoco tienen acceso a tarifas subvencionadas, no tienen acceso a planes sociales, y también están presionados impositivamente. Ahí hay como un malestar fuerte. Una lectura muy chata que tiene el gobierno, creo que es la de mirar pobreza y efectos como si fuera todo igual. Y hay un montón de situaciones, hay una zona de turbulencia, por decirlo de algún modo, en el medio bajo de la estructura social que son sectores muy vulnerables y que son los primeros en caer.



